

**ACADEMIA MEXICANA
DE LA HISTORIA
CORRESPONDIENTE DE LA REAL DE MADRID**



DISCURSO DE RECEPCIÓN DE:

Vito Alessio Robles

Sillón: 12

25 de marzo de 1938

RESPUESTA DEL ACADÉMICO:

Atanasio G. Saravia

CONDICIONES SOCIALES EN EL NORTE DE LA NUEVA ESPAÑA

DISCURSO DE RECEPCION DEL SEÑOR ACADEMICO ING. D. VITO ALESSIO ROBLES, LEIDO EN LA SESION DEL, 25 DE MARZO DE 1938

La bondad de los ilustres miembros de la benemérita y docta Academia de la Historia Correspondiente de la Real de Madrid ha hecho que, inmerecidamente, venga a ocupar no de sus sitios. En mi vida, un poco larga y muy tormentosa, pocos han sido los remansos de que disfrutado y muchas las tempestades que me ha tocado capear. De ahí, que en la mayoría de mis años, pocos son los que he dedicado al estudio de la historia y cortos son los descansos en que he podido gozar la tranquilidad de espíritu que requiere para abordar con serenidad y juicio los estudios relacionados con la ciencia de las ciencias, con la madre de la sabiduría, con esa construcción bella y tentadora que se llama historia.

Sin embargo, mi amor y entusiasmo por ella han sido grandes. Y falta de méritos propios que aquí justifiquen mi presencia, he dedicado buena parte de mi vida a la investigación de las fuentes en que se debe abreviar para escribir la historia de mi estado natal, Coahuila, buscando en bibliotecas y archivos nacionales y extranjeros todos los documentos con tal historia relacionados, copiando los más importantes, adquiriendo algunos manuscritos originales en los archivos privados y ordenándolos y clasificándolos debidamente. Así, he logrado formar en más de veinticinco años de trabajo mi "Colección de Documentos para la Historia, de Coahuila". Nunca tuve la idea ni la pretensión de escribir una obra de historia. Me conformaba con acumular materiales, labor de toda una vida, para que otro con mejor preparación aprovechando el trabajo acumulado, convirtiese en realidad la estructura histórica de aquella región, que no sólo carecía de historia escrita sino que la mayoría de las obras publicadas contenían tradiciones absurdas y groseramente deformadas, con lo cual se desarrolló en el campo de sus conocimientos históricos una maleza inextricable. Con esa labor, dura e ingloriosa, no hacía otra cosa que seguir los sabios consejos del ilustre maestro don Joaquín García Icazbalceta: acopiar materiales de primera mano para que otro, más afortunado, los acoplase armónicamente.

Dedicado antes a otros estudios y a muy diversas disciplinas, no atrevíame a salir por los campos de la historia. Pero he aquí, que un mexicano culto y generoso; en los tiempos modernos, el más entusiasta impulsor de las artes gráficas mexicanas, en una época en que parecía haberse olvidado la belleza y pulcritud tradicionales de los libros impresos en México en siglos anteriores; un mexicano que deja tras de sí una hermosa cauda de obras, unas, bibliográficas e históricas, serias y macizas, y otras, literariamente refinadas; un mexicano que deja como un monumento imperecedero de su labor tenaz y perseverante la serie importantísima de los treinta y un volúmenes de "*Monografías Bibliográficas Mexicanas*" y los cuarenta tomos que forman el *Archivo Histórico Diplomático Mexicano*, ese mismo culto compatriota, que ya habíame prestado ayuda generosa y desinteresada para obtener copias del Archivo de Indias de Sevilla, magüer que él y yo militábamos en campos políticos diametralmente opuestos, me indujo reiteradamente a que yo preparase la *Bibliografía de Coahuila, Histórica y Geográfica*, que, al fin formé y fue impresa en los talleres de la Secretaría de Relaciones Exteriores, de la que él fue cerebro y luminar.

No necesito decir que me he referido a Genaro Estrada, con quien siempre estuve unido por una amistad sincera y al que guardo una gran gratitud por la ayuda que me impartió para aumentar mi colección de materiales históricos. El me dio el espaldarazo que me hizo entrar en los campos de la historia. Ahora, por una coincidencia, sensible, en cuanto implica la pérdida irreparable de uno de nuestros más destacados valores intelectuales, y honrosa por el hecho de que vengo a ocupar el distinguido sitio que él dejara vacante, me encuentro entre ustedes respetables académicos, entre quienes cuento a muchos queridos y respetados maestros y a cultos y excelentes amigos. Es para mí un doble y también inmerecido honor estar entre ustedes y al mismo tiempo ocupar el sillón de uno de los académicos más distinguidos que puso muy en alto el nombre de México en el extranjero. Estoy aquí como aficionado a los estudios históricos. Vengo a aprender las sabias enseñanzas de todos ustedes. Mis agradecimientos más rendidos por haberme admitido en el seno de esta docta Academia. Para Genaro Estrada, mi culto antecesor, un homenaje a su honradez acrisolada, a su gran cultura, a la inmensa labor cultural que por el buen nombre nuestro país desarrolló y por el impulso grande y meritorio que supo imprimir a los estudios históricos, con su estímulo y también con su ejemplo. Su vida fue altamente meritoria.

* * *

Sobre las condiciones sociales imperantes en el norte de la Nueva España versará éste mi modesto estudio que señala mi recepción en la docta Academia de la Historia correspondiente de la Española. Fuentes de la observación directa que me ha permitido establecer comparaciones entre las características de los indios de la mesa central y de

los que habitan todavía en el Noroeste de México, en los Estados de Sonora y Chihuahua. La doble condición de que estuve investido en mi juventud, de ingeniero y de soldado, en las rudas faenas topográficas de campo, me dieron la oportunidad de convivir por luengo tiempo, en la cuenca del río Tula, con los otomíes de la región del Mezquital, y de palpar su miseria, sus hábitos, su incultura, su degradación, lamentables en alto grado, y que ameritan una intervención urgente de todos aquellos que nos preciamos de humanos y civilizados, para mejorar sus condiciones de vida y para incorporarlos a la nacionalidad mexicana.

Después, en trabajos de ingeniería o bien incorporado a columnas militares, me tocó recorrer una gran porción de las llanuras y serranías los Estados de Sonora y de Chihuahua, y he estado en contacto con yaquis, seris, pápagos, pimas y tarahumaras. Estas observaciones las he complementado con estudios en los antiguos manuscritos de los conquistadores y con los anales y cronicones que formaron los abnegados misioneros.

He recorrido casi palmo a palmo todo el Estado de Coahuila, esa tierra bien amada de llanuras desoladas y reseca y de rojizas montañas abruptas, erizadas de abrojos. Tierra llena de malezas, tierra pobre, sin agua, salpicada aquí y allá de bellos oasis, que parece hecha para ser desesperadamente amada, para recibir la mejor sangre y de más tenaz y diligente esfuerzo, para crear, a su semejanza, hombres fuertes, perseverantes y decididos. Todavía, al finalizar el segundo tercio del siglo XIX, su territorio era propiamente hablando, un doble campamento militar. Por una parte, los pequeños poblados en los que las campanas de los templos y de las misiones tocaban frecuentemente a rebato convocando a todos los habitantes —criollos, mestizos y colonos tlaxcaltecas— para repeler las agresiones de los bárbaros, con sus estancias y rancherías convertidas en verdaderos reductos con todos los adelantos de la poliorcética, y por la otra, los aduares trashumantes de los indios, las lumbradas en las serranías, las correrías audaces y devastadoras de los apaches, lipanes y comanches. Y en los caminos, en las laderas y en las cimas de las montañas se erguían innumerables cruces para señalar el sitio en que habían caído los colonos sacrificados por los bárbaros, y las cabelleras de estos servían como trofeos guerreros, las de los blancos y mestizos, llevadas en alto por medio de picas, eran utilizadas por los indios para las solemnidades de sus complicadas danzas rituales, festejadas con el *peyotl* sagrado. Las cabelleras de los bárbaros, durante toda la época colonial y hasta la séptima década del siglo XIX eran pagadas a precio de oro en la mayoría de los Estados del Norte.

A través de una guerra a muerte, de una lucha despiadada y sin cuartel, fueron exterminados los indios de Coahuila y a su extinción completa contribuyeron otros indios, los colonos tlaxcaltecas, primero, y después los que empujados por la marcha arrolladora de los norteamericanos hacia el

occidente, los que huyendo del exterminio total preconizado por la cruel sentencia de los oficiales del ejército de Estados Unidos: *indio muerto, indio bueno*, hubieron de refugiarse en territorio mexicano, poniéndose a las órdenes del general Mariano Arista, para combatir a sus antiguos hermanos.

A mediados del siglo XIX, cuando el mismo Arista escaló la presidencia de la República, los indios, que contribuyeron a la extinción de los aborígenes de Coahuila, fueron mandados establecer por él en los manantiales llamados Nacimiento, que sirven de origen a uno de los principales afluentes del río Sabinas. Los únicos indios que se encuentran en Coahuila son los llamados kikapoos, que en número no mayor a trescientos, han dispuesto por largos años de tierras ricas, y bien irrigadas, sin alcanzar ningún adelanto, pues han preferido continuar dedicados a la caza, antes muy abundante en las serranías del Noroeste de Coahuila, y cuando los animales salvajes disminuyeron, a la cacería de reses.

La situación y condiciones de los indios en los Estados de Nuevo León y Tamaulipas, en el largo lapso señalado, fueron idénticas a las que prevalecieron en Coahuila. El medio geográfico, salvo en pequeñas comarcas, es el mismo, con insignificantes variaciones. Allí también fueron exterminados los indios. Tanto en Coahuila, como en Nuevo León y en Tamaulipas, el mestizaje que hoy se puede apreciar es el fruto de cruzamientos entre individuos de raza española y colonos tlaxcaltecas, estos últimos desparramados por todo el Nordeste de la Nueva España.

* * *

Desde luego, el observador menos perspicaz puede advertir una gran diferencia entre los hábitos de los indios de origen nahua u otomí, que viven en la mesa central, y los yaquis, que habitan en el valle del río de su nombre, y en las cercanías aledañas. Los primeros, retraídos, huraños, remontados en las serranías, aunque huyen del contacto del blanco, se muestran obsequiosos con éste hasta un grado contrario a dignidad humana. Los segundos, se muestran siempre altaneros y altivos, tratando de igual a igual a aquellas personas a cuyas órdenes n. No se ven en ellos signo de humildad y reverencia. Además, la resistencia y capacidad de los yaquis, para el trabajo, es muy superior de los indios del Sur y del centro de México.

En obras de terracería, han trabajado bajo mi dirección, yaquis, nahuas y chamulas. La resistencia de los primeros era casi el doble de la de los segundos.

¿A qué se deben estas diferencias? Creo encontrar la explicación en los cuatro siglos de esclavitud, bajo el dominio del blanco, que han sufrido los indios nahuas, esclavitud que no era otra cosa que una prolongación de la dura servidumbre que experimentaron bajo la tiranía azteca. Muestran

todavía los estigmas de los antiguos tributarios de los viejos *tamemes*. Costará un gran trabajo reivindicarlos para la vida civilizada.

Los yaquis, en cambio, nunca se sometieron definitivamente. En alguna época llegaron a convertir el valle del Yaqui en un granero bajo la sabia y paternal dirección de los jesuitas, pero, expulsados éstos, volvieron a su vida seminómada y semisalvaje. De hecho, no han vuelto a someterse. Ellos consideran a los *yoris*, que en lengua cahita significa blancos, como extranjeros y como sus más mortales enemigos, como sus explotadores, como sus verdugos. En las negociaciones de paz entabladas, siempre han exigido la salida de los *yoris* del valle del Yaqui. Alientan para ellos un odio mortal e inextinguible.

En la primera década del presente siglo muchos yaquis habitaban en los ocho pueblos tradicionales de su río, ¹ que ellos consideran sagrado. Muchos trabajaban como peones en las estancias agrícolas pero otros mantenían heroicamente el fuego sagrado de la rebelión. Y era bien sabido que los levantados en armas estaban en connivencia con los aparentemente pacíficos y que de éstos recibían protección, ayuda, y noticias. En cierta ocasión, los yaquis llevaron su audacia hasta el grado de atacar la estación ferrocarrilera de Tórim, pueblo que entonces era el cuartel general de la primera Zona Militar, matando a los hombres y llevándose a las mujeres. La conmoción fue grande. El gobierno decidió deportar en masa, a Yucatán, a los indios que trabajaban en los pueblos y en las haciendas. La cruel medida se llevó a cabo en gran escala. Muchos indios y muchas mujeres, embarcados en Guaymas en los cañoneros y transportes de guerra, se arrojaban al mar, prefiriendo la muerte al alejamiento de la tierra de sus mayores.

Yo tomé mucho empeño en la repatriación de tres yaquis que habían servido lealmente a mis órdenes. Informé sobre su comportamiento al general jefe de la zona militar, y al fin logré que éste hiciera las gestiones necesarias para reintegrarlos a sus hogares. Volvieron al cabo de año y medio de trabajos en la península yucateca. Me abrazaron cordialmente, me tendieron sus encallecidas manos. El sufrimiento los había extenuado. Conversamos largamente y, al preguntarles sus impresiones sobre Yucatán, el más avisado de ellos contestó:

—Allá hay tres cosas que no nos gustaban, y eran que teníamos que besar la mano al amo, que nos azotaban cuando no terminábamos la tarea y que no había río dónde bañarse.

Ello demuestra el orgullo racial de los yaquis, que se encuentra muy atenuado, o cuando menos excesivamente disimulado en los indios que viven en la mesa central.

El mismo orgullo se encuentra en los ópatas y en los pimas. En lo atañe a los pápagos y a los seris, el caso es muy diverso. Estos indios nunca formaron tribus ni siquiera semisedentarias y antes y ahora han esquivado el contacto del blanco. Lo mismo puede decirse de los tarahumaras de Chihuahua. El corto

¹ Cócorit, Báhcum, Tórim, Vícam, Pótam, Ráhun, Huírivis y Belem.

número de seris que resta, ha tenido que refugiarse en la inhospitalaria isla del Tiburón.

* * *

Los primeros conquistadores que llegaron a Sonora encontraron en las márgenes de los ríos Yaqui y Mayo tribus que cultivaban la tierra. Aunque rudimentariamente, constituían tribus agricultoras. Lo mismo aconteció en el territorio que ahora es sinaloense. Los indios resistieron valerosamente la conquista y la historia de los ahora Estados de Sonora, Sinaloa y Chihuahua, se concreta principalmente al relato de los sucesivos y continuados alzamientos de los indios. Exactamente lo mismo puede decirse de los naturales de Durango. **Acaxeos, tepehuanes y xiximes** combatieron enérgicamente por muchos años contra la dominación hispana.

En la zona señalada, la rebelión de los indios fue latente, potencial, inextinguible, con esporádicas explosiones sangrientas, pero en muchas ocasiones los indios se dieron de paz y consintieron en labrar las tierras de los hacendados y las tierras de las misiones. Se trataba de tribus que habían estado, más o menos, en íntimo contacto con las grandes corrientes migratorias de las diversas etapas de la civilización nahua, de grandes caravanas que descendieron del norte y dejaron huellas de su paso en Casas Grandes, en El Zape, y en La Quemada. Casi todas las tribus practicaban una agricultura incipiente y eran parcialmente sedentarias. La transición de la vida nómada a la vida sedentaria bajo la dirección de los europeos, fue, por la causa enunciada, más dolorosa y difícil que la misma transición registrada entre las razas agricultoras que poblaban el valle de Anáhuac y las costas del Seno Mexicano al Sur del río Pánuco.

Pero la transición resultó imposible de efectuar en las tribus que habitaban regiones más lejanas de las trayectorias de las corrientes migratorias de los nahuas. Allí el influjo civilizador de estos últimos no se dejó sentir y su influencia fue nula o casi despreciable. Es seguro que, por esta causa, las tribus que habitaron los Estados de Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas fueron completamente nómadas. Hasta ellas no llegó tampoco el reflujó de la avanzada civilización de los olmecas que desembarcaron en la boca del Pánuco y que parecen haber venido por mar, del delta del Misisipí. Esta caravana se dirigió hacia el Sur y apenas si dejó huellas de sus incidencias civilizadoras en el Sur de Tamaulipas, comprobadas por los restos arqueológicos allí encontrados.

Las diferencias que hemos apuntado engendraron diferentes regímenes sociales en el centro y en el Noroeste de la Nueva España y la diferencia se acentuó todavía más en lo atañadero al Nordeste, en cuyas provincias — Coahuila, Nuevo Reino de León y Colonia del Nuevo Santander—, los conquistadores encontraron indios completamente nómadas y salvajes,

bárbaros irreductibles, a los que el poeta-cronista Gaspar de Villagr  llamo en su Historia de la Nueva México, *bravos bárbaros gallardos*, ebrios de libertad y de sol. Y estas diferencias las puntualizó magistralmente el historiador coahuilense Carlos Pereyra ²

"En el centro de la Nueva España se impuso, como se había impuesto antes en las Antillas, la necesidad económica de las encomiendas. Los españoles, que habían venido a América en pos de aventuras y de maravillas, no podían resignarse a vivir, como en Europa, de la labranza o de la ganadería, u ocupados en otras faenas pacíficas, mientras hubiese empresas arriesgadas que acometer y en las que súbitamente se podía ganar una fortuna. Y cuando se desvanecieron los sueños de la riqueza enorme de la Gran Quivira, entonces y sólo entonces, se dedicaron a la explotación de la tierra.

" Pero iban ellos a labrar con sus propias manos los vastos campos que se les habían mercedado? Ellos eran hombres de guerra, no colonos ni agricultores. En eso consistía su fuerza y de all  vino la fisonomía especial del centro de la Nueva España. Además eran conquistadores y éstos, en los tiempos antiguos y en nuestros días, siempre asientan su dominio sobre lo ya establecido; no viven de su industria sino de un tributo; traen sus leyes o las reciben de la metrópoli; son agentes de un Estado, actúan en una esfera política. El colono es un rebelde, un perseguido, un ser moral de íntima vida interior que busca libertad, o es un agente económico, un hombre que busca tierras productivas, minas abundantes, buenos puertos y ríos caudalosos; o no trae concesiones del Estado o si las tiene son tan holgadas y liberales que lo protegen sin asfixiarlo. Al conquistador, con más o menos eufemismos, aunque las leyes dijese otra cosa, le advertía el soberano: "Si guardas ciertos remilgos de religiosidad, vive del indígena; expl talo como dueño, como amo, como capitalista, como gobernante. No es necesario que trabajes con tus manos ni con tu inteligencia. En cambio, esos países *híbridos* en que vas a crear el régimen somnolente de las castas, no deben adelantar, no deben instruirse, porque he resuelto que no exporten sino metales preciosos y materias primas...". La eterna historia de los régimenes coloniales, de entonces y de ahora.

"Los españoles, —agrega Pereyra— al establecer en el corazón de Anáhuac y al encontrar que en el país conquistado vivía una sociedad sobria, dulce y disciplinada, y en que abundaban las riquezas minerales, el rumbo que siguieron fue el que conducía a lugares en donde los indígenas aglomerados en grupos densos eran

² PEREYRA, CARLOS, *Historia de Coahuila*, obra inédita escrita antes de 1909 por encargo del entonces gobernador de dicho Estado, licenciado Miguel Cárdenas. Copia de algunos fragmentos de esta obra me fue proporcionada por el licenciado Artemio de Valle-Arizpe.

más explotables o en dónde los metales preciosos eran más abundantes. Colonizadas en aquella inmensa región las porciones ocupadas por las poblaciones que querían dominar con mayor facilidad, y desvanecidos como volutas de humo los ensueños de las fabulosas riquezas del país de Quivira, la credulidad y los bríos dejaron de inflamarse con el entusiasmo de ciudades ostentosas para dejarse arrebatarse por cuentos de minas rebosantes de riquezas inagotables. El Dorado se fragmentó y por todos los rumbos salían expediciones a rescatar las riquezas nativas.

"Así se franqueó el límite que dividía al país poblado de gentes mansas, sedentarias e industriosas, conquistadas en un día, de los desiertos recorridos por el indómito salvaje chichimeca, merodeador y bravo, a cuyo contacto se transforma la ocupación española, de empresa política, en empresa económica, de explotación de ganado humano en explotación de la naturaleza. Allí acaba el encomendero y empieza el soldado presidial. El tipo del conquistador se atenúa, si no desaparece, y entra en acción el colono industrial que cultiva su suerte de tierra, pastorea su ganado, y defiende con el arcabuz su hogar, sus cosechas, sus animales, sus aperos, cuando la campana de la misión toca a rebato anunciando la correría devastadora del salvaje."

* * *

Y agrega Pereyra: "La oleada de colonos, en su mayoría vascos, que se plantó en Zacatecas, en torno de sus maravillosas riquezas argentíferas, se extendió por Sombrerete, Fresnillo y Mazapil, pero la tierra era estéril y no producía ni mantenimientos ni animales para el trabajo en las minas y para el transporte de los metales por los lomos de la cordillera. La conquista y la colonización de Zacatecas originó la ocupación de lo que después fuera el núcleo de la Nueva Vizcaya, y surgió el fénix de los conquistadores, el joven Francisco de Ibarra, humano y desinteresado. Soldados de la Nueva Vizcaya plantaron su real en el valle ahora llamado del Saltillo y fundaron allí una población, que en realidad era un campamento militar, que a la vez que servía como cuña de penetración, era un guarda flanco para contener las frecuentes irrupciones de los bárbaros, que llevaban sus correrías hasta los límites del actual Estado de Guanajuato e impedían el transporte de los metales de Zacatecas al corazón de la colonia.

"Es de notarse que los bárbaros en todas las ocasiones, sorprendidos más bien que dominados, recibían bien a los soldados y a los misioneros hispanos, y hasta asentaban solemnes paces con ellos. Pero la convivencia tranquila no duraba mucho tiempo. Las frágiles treguas se rompían cuando los conquistadores, imitando a los del centro del virreinato, querían aprovechar a los indios para que les labrasen las tierras. Entonces surgían los conflictos y los indios en masa abandonaban los incipientes poblados o misiones para

volver a su vida nómada y preparar nuevas acometidas sangrientas. No podían reducirse a la vida sedentaria.

"Lo mismo aconteció con otra corriente migratoria que arrancó de la desembocadura del Pánuco, encabezada por el capitán Luis de Carvajal, que fundó poblaciones en donde ahora se encuentran Cerralvo, Monterrey y Monclova. Carvajal, que había sido encomendero en la región del Pánuco, a diferencia de Ibarra que no repartió indios en encomienda, hizo grandes mercedes de tierras y aguas, y para la labor agrícola regaló a muchos indios a sus compañeros. Los salvajes huyeron luego de los españoles y del trabajo en las estancias.

"Carvajal abandonó el territorio ocupado, por la causa que antes señalamos y por otras. La pequeña villa de Santiago de Saltillo era atacada a cada momento por los salvajes y sus pobladores hubieron de abandonarla varias veces y amenazaron al virrey con el despueblo definitivo si no eran socorridos con gran número de soldados.

"Al finalizar el período del virrey don Martín Enríquez de Almanza, un mestizo hijo de español y de una india cuauhchichil, Miguel Caldera, entabló negociaciones de paz. Las condiciones que los indios proponían para someterse eran nítidas y claras. Estaban dispuestos a vivir en poblaciones, pero el gobierno virreinal les habría de proporcionar casa, maíz y vestidos. En papeleos y consultas de auditores e informes a la corte de España, transcurrió el tiempo hasta que entró a gobernar don Luis de Velasco, el segundo. Ajustada la paz, obtuvo el virrey que los salvajes consintieran en aceptar la vida agrícola convirtiendo en pueblos sus aduares trashumantes, debiendo recibir en éstos a algunas familias tlaxcaltecas para "que les enseñaran la vida civil y cristiana y las artes".

"El Virrey De Velasco celebró capitulaciones con el señorío de Tlaxcala para tal colonización. Los tlaxcaltecas deberían proporcionar cuatrocientos indios casados, a los que se repartirían tierras y aguas, quedarían exentos de impuestos y alcabalas, podrían montar a caballo, se les daría el título de don y serían gobernados por ayuntamientos propios, con exclusión total de los españoles: Así se fundaron las colonias tlaxcaltecas de Tlaxcalilla de San Luis Potosí, San Jerónimo de Agua Hedionda, El Venado, San Miguel Mexquitic, Colotlán y San Esteban de Nueva Tlaxcala.

Esta última se estableció por el capitán Francisco de Urdiñola en inmediaciones de Santiago del Saltillo, separada de la villa por una acequia Hacia el Sur del pueblo tlaxcalteca fueron establecidos los cuauhchichiles, hacia el Norte del

mismo, los indios borrados. A cargo de un capitán protector de indios y bajo la inspección del guardián del convento franciscano de San Esteban, se instalaron almacenes para proporcionar vituallas y vestimentas a los salvajes reducidos.

"De acuerdo con el noble pensamiento del virrey De Velasco, los Tlaxcaltecas deberían de servir como fundentes entre los españoles y los bárbaros, pero desde luego pudo advertirse que unos y otros no podían convivir. Según el padre Cavo; "Es digno de notarse que estas dos naciones chichimeca y tlaxcalteca, bien que habiten en los mismos lugares, no se casan entre si, no habitan las mismas casas, conservando cada una sus usos en la fabricación de casas, alimentos, etc., como nos lo han referido testigos oculares". Después veremos que los, cuauhchichiles y los borrados abandonaron la población para volver a la vida nómada y a sus incesantes correrías.

"Este hecho indica la poca oportunidad de la medida y que era inútil el empeño de emplear fundentes para reducir a los chichimecas, pero don Luis de Velasco no sabía ni estaba obligado a saber que el paso del período en que el hombre vive de la captación de los productos espontáneos de la naturaleza y de la pesca, al período agrícola, es una transformación tan dolorosa e inconcebible para el hombre primitivo, que no se resigna a ella sino bajo el imperio de una necesidad ineludible.

"Los indios del valle de Saltillo no pudieron ser utilizados en los trabajos agrícolas, pero con el arribo de las familias tlaxcaltecas se acreció la seguridad y entre los pobladores de la villa y los recién llegados pareció establecerse un convenio tácito: los tlaxcaltecas cultivarían la tierra con agricultura a base de irrigación, los de la villa, continuarían dedicados a la ganadería. Con ello, los españoles seguían las inclinaciones por la ganadería trashumante que predominaban en su patria. En caso de peligro, podían reconcentrar sus ganados en corto espacio seguro y además no necesitaban de peones, que era imposible obtener entre los tlaxcaltecas, que los velan con arrogancia, y mucho más imposible aún, entre los bárbaros."³

Con las extensas mercedes de tierras se impuso la necesidad de peones y de trabajadores para las minas. ¿Cómo obtenerlos? El capitán Diego de Montemayor, que se consideraba heredero de las capitulaciones de Carvajal, al fundar en 1596 la ciudad metropolitana de Monterrey, repartió parcialidades de indios en encomienda, y cuando éstos huyeron a las serranías, se estableció el sistema de "hacer piezas", verdaderas cadenas de indios, para ser sometidos a la esclavitud, en todas las estancias, o para ser vendidos en los minerales de Zacatecas. Aquellas reducciones de indios forzados se conocieron con el

³ PEREYRA, *ob. cit.*

nombre eufemístico de "congregas". El mal cundió y durante tres largos siglos, sólo con interpolaciones de brevísimas treguas de paz, los indios enarbolaron los pendones de una guerra sin cuartel.

Para mediados del siglo XVII habían prosperado las fundaciones de Saltillo, Monterrey y Santa María de las Parras, esta última colonia tlaxcalteca, con ayuntamiento formado por indios procedentes de Tlaxcala, que habían sido llevados del pueblo de San Esteban, aledaño de la villa de Santiago del Saltillo. Bajo el patronato de los jesuitas, se han fundado algunas misiones en la región de La Laguna. Tanto Parras, como Saltillo y la comarca lagunera pertenecían a la Nueva Vizcaya, hasta donde se extendían las hostilidades de los indios y cuyo territorio estaba erizado de fuertes guarniciones militares.

Pero lo que en la época colonial se llamó propiamente Coahuila, es decir, el territorio que ahora comprende el mismo Estado y encuéntrase al Norte del paralelo septentrional de 26°, estaba dominado exclusivamente por los bárbaros. Allí habían fracasado rotundamente todos los esfuerzos de colonización, iniciados por los capitanes Carvajal y Gaspar Castaño de Sosa, por el año de 1585, proseguidos por el capitán Pedro de Velada, a fines de la centuria XVI, y continuados en 1644 por los capitanes Mateo de Arredondo y Diego de Villarreal. La población que ahora lleva el nombre de Monclova, había sido fundada y repoblada varias veces con el nombre de Nuevo Almadén, pero sus habitantes hubieron siempre de abandonarla. También, en poder de los bárbaros estaban el extenso territorio de Texas y todas las tierras que ahora llevan el nombre de Tamaulipas.

Estaba reservada la conquista de Coahuila a un solo hombre inerme, pero lleno de fe y de fervor apostólico; a un religioso insigne con alma pletórica de amor por los indios, a un criollo, hijo de la jalisciense Sayula, a un franciscano insigne cuyo nombre es el más grande en los fastos de Coahuila: fray Juan Larios.

A mediados de 1673, fray Larios hacia un viaje de San José del Parral a Guadalajara. Fue encontrado en el camino por una banda de indios salvajes. Le rogaron fuera con ellos a sus tierras. Llegó a Saltillo acompañado de un gran número de indios guerreros que fervorosamente le besaban los hábitos, con intenciones de marchar solo a lo que entonces se llamaba, propiamente, Coahuila; pero las autoridades de Saltillo se lo impidieron enérgicamente considerando los peligros a que estaría expuesto. Fray Larios marchó con veinte indios, "en carnes vivas", a Guadalajara, y allí obtuvo la autorización necesaria para entrar a Coahuila, el nombramiento de vicario de aquella provincia y el comisario de las misiones que estableciera.

Acompañado por sus indios y por dos religiosos franciscanos, hizo su entrada a Coahuila a principios de 1674, y, recogiendo limosnas entre los habitantes de Parras y Saltillo, sin ayuda de soldados, fundó misiones y estableció firmemente las

bases para la colonización definitiva del territorio coahuilense. Le sirvieron para su magna obra los almacenes fundados en el pueblo de San Esteban de Nueva Tlaxcala por disposición del virrey De Velasco, desde el año de 1591, en virtud de que, según autos formados por el capitán Francisco de Barbarigo, protector de indios, solamente quedaban vecindados en dicho pueblo "cinco indios cuauhchichiles".

Fray Larios empuñó personalmente las manceras de los nobles arados para enseñar a los indios las labores agrícolas. Recorrió todo el territorio coahuilense, hizo una expedición a territorio de Texas, atravesó el desolado y reseco desierto del Bolsón de Mapimí para ir a implorar en Parral, ante el gobernador de la Nueva Vizcaya, la libertad de muchos indios coahuilenses prisioneros en las etapas de la penosa marcha, la caravana fue encontrada por otros bárbaros que pedían la cabeza del misionero, y sus compañeros hubieron de dejar a la suerte de las armas la vida del religioso. Afortunadamente, resultaron vencedores los indios que le seguían.

Los indios veneraban como padre a fray Larios, pero se congregaban en tal número que las vituallas se acababan en pocos días y las cosechas requerían tiempo. En las cartas de fray Larios, que juntas con gran parte del antiguo archivo del Convento de San Francisco el Grande de México fueron salvadas para nuestra Biblioteca Nacional, por el estimado colega y distinguido historiador y bibliógrafo don Juan B. Iguíniz, cartas todas que respiran nobleza y santidad, se pinta la desesperada situación en que se encontraban. Una de ellas, dice así:

"Porque estos bárbaros no siembran ni trabajan: no tienen más sustento que raíces del campo y algunas cosas que cogen; y, como son muchos, en quince días talan la tierra dónde se hallan, de raíces, y luego les es fuerza levantar la ranchería e irse a otro paraje y, de esa suerte, no nos es posible hacer mansión en parte alguna con ellos, porque son como gitanos, que ni tienen vivienda situada, ni paraje propio, y así nos traen de cerro en cerro y de monte en monte, por sierras y barrancos tupidos de espesos y espinosos montes, que nos hacemos pedazos, no sólo los remiendos que la piedad de los espinos nos ha dejado, sino que los pedazos de pellejo se quedan en las espinas; y de esta forma andaremos hasta que rindamos el espíritu, o Su Majestad nos ayude'.⁴

⁴ *Entrada de Fray Juan Larios a la Provincia de Coahuila, Colección de Manuscritos de la Biblioteca Nacional de México, Legajo No 94, expediente 1-15. Copias fotostáticas y versiones paleográficas en mi Colección de Documentos para la Historia de Coahuila, Copias, tomo IX. Fojas 1-164. Estos interesantes documentos del padre Larios pertenecieron al Archivo del convento de San Francisco el Grande, de México.*

En tal guisa hablaba el ilustre verdadero fundador de Coahuila, a quien con justicia puede dársele el nombre de Bartolomé de las Casas de la región norteña. Entre sus numerosas cartas hay una que proyecta clara luz sobre las condiciones sociales de aquel territorio y sobre las relaciones recíprocas entre españoles e indios. En 26 de febrero de 1674, noticiaba fray Larios al Comisario General de la Orden de San Francisco que había llegado a Saltillo con los dos compañeros que eligió, fray Francisco Peñasco de Lozano y fray Manuel de la Cruz, y que habiendo caminado al Norte setenta leguas, desde la villa de Saltillo, sin senda ni vereda, llegaron a una ranchería de indios, en donde se encontraban gran número de ellos y varios capitanes de diversas parcialidades, cuyos aduares estaban separados diez, quince y veinte leguas, unos de otros, por que los indios se sustentaban de raíces y de la caza de venados y, a veces, de cíbulas. Agregó que era indispensable para que la colonización de Coahuila fuera una realidad y progresara, la adopción de las siguientes medidas:

"Lo primero, que Su Majestad disponga el que por ningún pretexto entren españoles, particularmente de estas fronteras, la tierra dentro, ni pasen del río que llaman de los Nadadores, que dista de esta villa (Saltillo) más de cincuenta leguas, y en este medio hay tierras y aguas suficientes para sus haciendas de minas y ganados, que no pasen de el, como digo, por el grande horror que les tienen los indios, por las grandes crueldades que con ellos han usado, ha más de treinta años, y algunos castigos y muertes que sin maduro acuerdo se han hecho en los dichos indios, por los españoles; ésta es la base fundamental de la paz y quietud, para que ésto vaya en aumento.

"Lo segundo, que en ninguna manera se consienta que ningún español entre a hacer matanzas de cíbulas, por ser este ganado de los indios y de que se sustentan, y muy sensible para ellos y que, a fuerza de armas, defienden de otras naciones, y de lo contrario se seguirán grandes disturbios.

"Lo tercero: que pase adelante la libertad en que sean puestos y que con ningún pretexto se vuelvan a encomendar, pues no sólo no se sigue pro a los indios, por no tenerlos en policía ni debajo de catecismo de la doctrina cristiana, ni a Su majestad, pues con las vejaciones que se les han hecho y malos tratos se han ido consumiendo infinitos, en las haciendas, y por desnaturalizarlos de sus tierras, pues distan las de su habitación, de esta villa, más de ochenta leguas, y con esto se mueren y acaban.

"Lo cuarto, que no es conveniente el que por ahora, se ponga presidio, porque, de ponerlo, se seguirá que ellos entiendan que se les dispone alguna

traición, y se pondrá la tierra de peor calidad que ha estado hasta aquí, y servirá el presidio para amparo de algunos, que lo tienen de costumbre, de vejarlos y hacerles extorsiones, y así no es conveniente.

"Lo quinto, que a estos naturales, como Su Majestad con su católico celo lo tiene dispuesto, se les den bueyes, bastimentos y lo demás necesario para sus poblaciones y para que trabajen.

"Lo sexto, que la justicia que se nombrare tenga lo de justicia y guerra, porque, de haber dos, se siguen disturbios y total ruina para estos pobres incapaces.

"Y sólo con esto estarán los indios quietos y pacíficos y se podrá conquistar todo lo que falta con sólo religiosos, y de esto podrán informar los reverendos padres de esta santa provincia de Zacatecas, pues tienen bien experimentados los inconvenientes que se siguen de la comunicación de los soldados en las nuevas poblaciones.

"Yo, Reverendísimo Padre, necesito ahora de presente, de otros tres religiosos, porque la mies es mucha y los tres que estamos no somos suficientes, para tanto gentío, como hay en lo visto por los capitanes que van agregando sus gentes, y es necesario enseñarles a trabajar, porque no han tenido más oficio que andar con las armas, ofendiendo y defendiéndose.

"No hemos tenido en este reino quien nos fomente en nada. Quiso Nuestro Santo Padre San Francisco que encontrásemos con el cristiano celo y piedad católica del teniente de capitán protector de esta frontera, que lo es el capitán Francisco Barbarigo, que a no haberlo hallado, hubiéramos perecido de hambre; hanos socorrido en todo con mucha largueza y caridad, así a nosotros como a los indios, y ahora va conmigo a disponer el que siembren diez fanegas de maíz que ha dado para este efecto y para disponer la forma de iglesia y pueblo, y lo hace con el amor que pudiera hacerlo un religioso muy celoso, y es, sin duda, que si se pudiese continuar en propiedad, nos fuera de total remedio y en breve se conseguirá la población y poblaciones en dicha provincia; pido a Vuestra Paternidad Reverendísima le dé las gracias y envíe patente de nuestro hermano y síndico, pues lo es con tanta fineza y amor.

Por ahora, serán necesarios tres ornamentos, ésto es lo que siento en Dios y mi conciencia, y lo que conozco es conveniente y del servicio de Dios Nuestro Señor, y bien de estos pobres indefensos, que, hostigados de las molestias que han recibido de estos fronterizos, han andado como brutos, retirados por los montes, desnudos a las inclemencias del tiempo, y hoy están tan obedientes que al son de una campana se juntan a la doctrina, por mañana y tarde, que enternecerán los más duros peñascos..."⁵

Intervino la audiencia de Guadalajara y la conquista espiritual llevada a cabo por fray Larios se continuó por la temporal, nombrándose el primer alcalde mayor de Coahuila. Entraron los vecinos y soldados, cuyas actos tanto temía el religioso franciscano, pero logró que el primer gobernante, Balcárcel y Rivadeneira, prohibiese en lo absoluto las encomiendas y las "congregas". Apenas faltó fray Larios, Balcárcel se vió constreñido a abandonar Coahuila, pero el impulso iniciado no fué estéril; muchos misioneros franciscanos continuaron su obra, empuñando las coas, azadones y manceras, levantando con sus manos los humildes templos y repartiendo las provisiones y vestidos de los almacenes que sostenía el real erario.

A los indios reducidos en las misiones se les repartieron tierras, observándose el régimen de que el fruto de las mismas era común a todos, por qué – dice un informe rendido por varios misioneros en 1762- de común sembraban, de común cogían, de común para su manutención gastaban, y lo que sobraba de semillas se vendía tierra afuera, y con su producido se compraban vestidos para el común... Pero aquellos bárbaros, a la primera oportunidad, retornaban a la vida nómada.

En realidad, nunca se consiguió la sumisión de los indios de Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas. En el informe que sobre las misiones de Coahuila rindió el 27 de diciembre de 1793 el virrey conde de Revillagigedo, expresó: "Las costumbres de estos indios vagantes... no pueden ser más perversas, porque dominados de toda clase de vicios, y en particular de la embriaguez, huyen del trabajo, y siempre hambrientos y desnudos, se roban unos a otros cuánto pueden..." Dice que lo que, propiamente, se había llamado la provincia de Coahuila, contaba sólo con 8,319 almas, de las cuales correspondían a las distintas misiones 1,641 indios. Revillagigedo se quejaba amargamente de la corta cantidad de indios reducidos y de los dispendios de millones de pesos que se habían erogado, inútilmente, para lograr tan

⁵ Entrada de Fray Juan Larios

mezquinos resultados. Agregaba que se habían mercedado a cada misión tierras con una superficie mayor de cincuenta sitios y que, no obstante todos los esfuerzos y de estar llena aquella provincia de numerosa gentilidad, nunca había sido posible atraerla a la religión y al vasallaje.

La lucha continuó con los mismos resultados negativos en la época de México independiente y no terminó sino con la extinción completa de los indios que poblaban el territorio de Coahuila. Lo mismo aconteció en Nueva León, Tamaulipas y en una gran porción del territorio de Durango.

Mucho se ha escrito sobre el carácter de la conquista en el centro de la Nueva España. Don Genaro García y don Carlos Pereyra disertaron ampliamente sobre ella con distintos criterios. Más recientemente, don Luis Castillo Ledón se colocó en un justo término medio, pero casi nadie se ha ocupado de los caracteres de la misma conquista en el Norte de la Nueva España, que tuvo matices medularmente distintos a la del resto de la más rica colonia hispana. Pereyra, en su madurez, fue un defensor entusiasta de los métodos españoles de colonización, pero en los albores de su juventud escribió:

"Sólo por falta de estudio se han externado acres censuras contra los ingleses de Norteamérica, exhibiendo su conducta de exterminio de los indios, en contraste acentuado con la paternal, que se asegura, siguieron los españoles. La de éstos fue tan exterminadora en el Norte de la Nueva España y, muy especialmente en una buena porción de Durango, Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas, como la de Inglaterra cuando encontró pueblos hostiles y aun en casos en los que los ingleses hubieran usado de toda su clemencia, pues a veces los españoles acabaron con pueblos sedentarios y mansos y lo mismo hicieron ya en la época de México independiente los mexicanos hijos de iberos e indios.

"Las injusticias fueron enormes contra los bárbaros insumisos, que no eran siempre irreductibles feroces sino exasperados que con su bravura nativa preferían la muerte en los montes a la infamante flagelación en las haciendas."⁶

Esa lucha y el medio geográfico crearon en el Norte un medio social muy diferente al del resto de México. En realidad, con toda la región boreal hubo de crearse en la época colonial un nuevo virreinato con el nombre de Comandancia General de las Provincias Internas. Allí, los colonos no podían dedicarse a la molicie. No había esclavos que les labran sus tierras y los enriquecieran. Las tierras pobres, precario al régimen de lluvias, el clima

⁶ PEREYRA, *ob. cit.*

riguroso y la lucha constante con los indios, endurecieron el carácter de aquellos pobladores, los obligaron a ser enérgicos, previsores, tenaces. Aguzaron sus inteligencias y vigorizaron su físico. El exterminio total de los indios en la región del Nordeste tuvo o como resultado el que su población sea, como lo es, muy homogénea sin problemas de orden racial y además, altiva y gallarda. Ya el sabio barón de Humboldt refiriéndose a los habitantes del Norte de la Nueva España, hace ciento veinticinco años, hacía notar su energía, su temple especial, su desarrollo físico, su fuerza de alma y la feliz disposición de sus cualidades intelectuales.

Un bardo, un cantor consagrado por el pueblo, Guillermo Prieto, vaticinaba desde el año de 1856, en la tribuna del Congreso Constituyente, que el porvenir de la república estaba en la frontera y que Coahuila y Nuevo León serían el baluarte de la libertad.

Contestación al Discurso anterior por el Señor Académico don Atanasio G. Saravia

Señores Académicos, Señoras, Señores:

Seguro estoy de que, como yo, habréis oído con todo interés la conferencia que sobre las condiciones sociales del Norte de la Nueva España acaba de leerme nuestro nuevo Académico el señor Ingeniero don Vito Alessio Robles, ya que lo que concierne a esa vasta región de nuestro país presenta para nosotros caracteres singulares que señalan un cuadro muy diverso del que nos presenta el resto de la Nueva España, pues que, como atinadamente ha señalado el conferencista, distinto fue su nacimiento y más diferentes aún su organización y su vida durante la época de la Dominación, y, si empezamos a familiarizarnos con muchas de las características de la vida en otras regiones de la Nueva España durante la época señalada, todavía las condiciones que imperaron en el Norte de aquella vasta gobernación nos presentan mucho de exótico, porque, desgraciadamente, la historia de aquella región es la menos conocida, no sólo del público en general sino aún de los que, amantes de esa clase de estudios, dedicamos a ellos el tiempo de que para ese objeto podemos disponer.

Uno de nuestros compañeros, al ingresar en la Academia, dijo la frase de que la historia de México está por escribirse, y si tal frase pudiéramos interpretarla, por mucho de lo que a México se refiere, tan sólo en un sentido figurado y como una queja de quien la dijo por la falta de exactitud en ciertos datos o en el criterio y apreciación históricos, en cambio por lo que al Norte de México respecta casi pudiéramos

tomarla en su sentido literal, pues que si bien es cierto que, aunque escasos no faltan materiales para la confección de esa historia, no lo es menos también que todavía no la hemos visto debidamente reunida y ordenada, pues que nos falta la obra de conjunto que pueda presentarnos ese cuadro completo y tenemos que contentarnos con recoger fragmentos dispersos en muchas obras para irnos dando idea de lo que aquella porción del país significa en nuestra historia, y aun ese resultado, a todas luces deficiente, no incluirían lo que de material inédito existe en los diversos archivos nacionales y en forma quizá aún más importante en, los archivos extranjeros y en forma principal, seguramente, en el Archivo Indias, que hoy por hoy creo sigue siendo la fuente principal en donde encontrar los datos más esenciales para completar y aún para rectificar mucho de lo que de historia de nuestra patria conocemos escrito.

Varias son las fuentes que encontramos para conocer la historia del Norte de México y que, aunque como dije, dispersa en muchos libros y sin establecer la conexión e ilación en los sucesos, son hasta ahora el precioso auxiliar con que contamos para formarnos una idea de conjunto que nos permita después, utilizando el material inédito, comentar la historia escrita de que carecemos; y como no trato en este pequeño discurso de hacer una bibliografía, me limitaré a mencionar unas cuantas para dar una idea de cuán repartidos se encuentran esos materiales históricos y cuán necesaria es su recopilación y ordenamiento para ir dando principio a la formación de una obra de conjunto que pueda ser más clara y más accesibles las nociones sobre la historia de tan vasta e importante región de lo que fue la Nueva España, ya que una buena parte de ella dejó ya a mucho tiempo de estar amparada bajo el pabellón símbolo de nuestra nacionalidad.

Tenemos en primer lugar las crónicas de religiosos, que así como fueron de los primeros adalides de la civilización en nuestro suelo, también la gloria de habernos dado noticias insustituibles para quien la historia de ese suelo quiera escribir. Así tenemos los preciosos datos nos dejara el Padre Andrés Pérez de Rivas, que como miembro activo de la Compañía de Jesús no sólo trabajó personalmente en las misiones de la costa del Pacífico, sino que nos dejó también noticias importantísimas sobre los trabajos de sus compañeros y las tierras en que actuaron, tanto en su Crónica e Historia Religiosa de la Provincia de la Compañía, como en su preciosa Historia de los Triunfos de Nuestra Santa Fe; el Padre Francisco Javier Alegre, que en su Historia de la Compañía de Jesús nos dejó datos tan completos como verídicos, ya que tuvo a la mano las cartas originales que los misioneros jesuitas escribían de los lugares en que desarrollaban su apostólica labor, y las Annuas que recopilaban los sucesos más notables; y a su lado los Apostólicos Afanes que se colige escribió el Padre José Ortega, sin olvidar los datos que también suministra la historia que de la misma Compañía de Jesús escribiera el Padre Francisco de Florencia; y luego tenemos la contribución franciscana y de Propaganda Fide en donde figuran la Crónica Seráfica y Apostólica de Fray Juan Domingo Arricivita; la de Fray Isidro Félix de Espinosa; la de la Provincia de Zacatecas del muy Reverendo Padre José Arlegui; los datos de los Padres Francisco Frejes y Antonio Tello, y, en tiempos más modernos, la Historia del Apostólico Colegio de Guadalupe del Presbítero José Francisco Sotomayor;

y nos queda también la Historia de la Provincia de Santiago de la Orden de Predicadores que incluyendo los hechos de los dominicos en el Norte nos dejó el Maestro Fray Agustín Dávila Padilla; y hay además otras crónicas que aunque de carácter más general también nos dan noticias de aquellas vastas y semi-olvidadas regiones, como son la de Beaumont y de la Rea y los trabajos del Padre Vetancourt; y tenemos también los relatos del Licenciado Don Matías de la Mota Padilla, que aunque escribía circunscrito a la Nueva Galicia, tenía que llevarnos a territorios más lejanos que interesan a nuestro objeto; y relatos de soldados como el de Baltasar de Obregón, que tanto ilustra y tanta vida da a algunos de los episodios de la conquista de la Nueva Vizcaya y de regiones situadas en la costa del Pacífico y llega hasta el entonces lejano Paquimé; y relatos de viajes semi-maravillosos que emprendieran animosos misioneros y exploradores como el Padre Garcés y el Padre Kino y el famoso Fray Junípero, civilizador de lo que es hoy la California; y también de viajeros que sin ser religiosos prestaron grandes servicios, no sólo a la geografía, sino a la historia, como Francisco Vázquez Coronado y el Capitán Don Antonio de Espejo; y hasta un soldado poeta como Gaspar de Villagrá que nos diera preciosas nociones sobre lo que es hoy el Nuevo México; y podríamos acumular nombres y nombres de aquellos que han contribuido a darnos los elementos para la historia de aquellas regiones sin poder dejar de mencionar a Alonso de León que en mucho nos ilustra en lo que respecta al Estado que por una mera coincidencia lleva su mismo nombre, y si llegamos a los tiempos modernos todavía encontramos, ~~muchos~~ que han dedicado sus afanes a esclarecer o a narrar los hechos de esa parte del país, como el ilustre Don José Fernando Ramírez, que desgraciadamente no dedicó a esa región todo el tiempo que fuera de desearse; como mi modesto coterráneo Don Carlos Hernández que hizo labor importante al procurar reunir los elementos de que pudo disponer para escribir una historia de Durango; como el Licenciado Eustaquio Buelna que mucho trabajó en favor de la Historia de Sinaloa; y como el Doctor Don José Eleuterio González que tanto hizo por la región de Monterrey; y además, y en épocas diversas, las interesantísimas relaciones de las visitas episcopales que los buenos Obispos efectuaban recorriendo centenares de leguas y dejándonos preciosos monumentos que señalan la transformación de las comarcas, de las que pueden mencionarse como típicas e importantísimas la de Don Alonso de la Mota y Escobar, y siglo y medio después la de Don Pedro Tamarón y Romeral, y quedanos todavía muchas fuentes que no hemos mencionado y que ocupánse de aquellas regiones de cuyo estudio tratamos, como Herrera el de las Décadas, y Torquemada, y Mendieta, y tantos otros a cuyas obras hay que recurrir para escoger las noticias dispersas que en las mismas se encuentran; y esto tan sólo como ya dije, para recurrir a las fuentes impresas, y ¡cuántas más serán las que quedan todavía por descubrirse y estudiarse y que en espera de prestar su contribución a la historia duermen en los archivos!

Tarea enorme y seguramente para varias generaciones la de ir descubriendo los velos que ocultan la historia del Norte de Nueva España.

Algo trabajamos en México para lograr ese fin, pero, —creo que en justicia hay que decirlo—, me parece que en ello trabajan más nuestros vecinos los investigadores norteamericanos. Díganlo si no, no sólo la colección de trabajos de Bancroft, que podemos considerarlos ya de ayer, sino los preciosos trabajos de investigación que actualmente realizan los intelectuales americanos en su afán de conocer la historia del país en la parte de su territorio propio y entre los que se señalan desde luego como magistrales los escritos de Herbert Eugene Bolton, quien para escribir su reciente obra sobre el Padre Kino recorrió innumerables archivos de América y de Europa, la monografía de J. Lloyd Mecham sobre Don Francisco de Ibarra, el conquistador de la Nueva Vizcaya; los trabajos de los Bandelier, y las publicaciones de Charles Wilson Hackett, sin contar otros trabajos más pequeños pero igualmente interesantes como son los contenidos en las publicaciones de la University of California Press de Berkeley y los de la Duke University Press en su preciosa Revista de Historia Hispano-Americana.

Toda esa labor nos va cada día aclarando la historia de esa parte, de nuestras tierras y dándonos un cuadro más completo de lo que fueron afirmándonos en la certidumbre del concepto que acaba de verter Alessio Robles de que aquella región tuvo características que apartaron su historia, en gran manera, de la historia del resto de Nueva España.

Alessio Robles lo sabe, y lo sabe bien, que en no pequeña parte ha trabajado en el esclarecimiento de los hechos de aquella parte del país, y nos ha ido ya legando, obtenidos de preciosos e inéditos materiales, estudios de grandísima importancia y de mucho interés, como su Biografía de Don Francisco de Urdiñola, que tantas cosas nos enseña y nos aclara sobre aquella región, y también sus Bosquejos Históricos en donde hay trabajos que despiertan nuestra mayor estimación, y si a eso añadimos sus inteligentes anotaciones al Diario del Padre Morfi, el simpático viajero que acompañara por aquellas regiones desoladas al Caballero Don Teodoro de Croix, y las no menos interesantes que hizo a la descripción del vastísimo Obispado que rigiera Don Pedro Tamarón y Romeral, veremos que no es poca la deuda que la historia del Norte de México va contrayendo con Vito Alessio Robles y que sobradamente justifica su entrada a esta Academia en donde se ha presentado con su fuerte y vivo cuadro de las condiciones sociales en aquella región que tan a fondo ha estudiado.

Ahora permítaseme exponer unas cuantas ideas sobre este punto tan importante de la diferencia que existe entre las condiciones que rigieron en el Norte de Nueva España y las que imperaron en lo que podríamos llamar región central del país, y digo central porque la considero en relación a su

proximidad a la ciudad de México que fue la cabeza y asiento del gobierno español en estas tierras.

Podría resumirse al decir que la región central vivió en una paz no interrumpida después del formidable drama de la Conquista, y que en cambio la región Norte sin tan fuertes episodios dramáticos como fueron los que determinaron la caída del imperio de Moctezuma y la Gran Tenochtitlan, fue una región que vivió casi constantemente en guerra sin lograr de manera absoluta la sumisión de los nativos.

Sin embargo, cabe a mi juicio hacer ciertas distinciones sobre el particular, pues a mi modo de ver puede decirse que en una vasta extensión de territorio hubo primero la conquista, propiamente dicha, que aunque lograda con muchos esfuerzos y trabajos por los conquistados, más se derivaron éstos de la naturaleza de los terrenos que recorrían que de la especial resistencia de los indios, pues si bien es cierto que éstos se batieron muchas veces bravamente, también lo es que no encontrándose por lo general reunidos en grandes grupos de población, no podían ofrecer allá en el Norte las espectaculares batallas que ofrecieron en el centro.

Hecha la conquista vino la rápida transformación de los territorios conquistados, transformación que se efectuó con relativa paz hasta fines el Siglo XVI, pues no se nota por lo general una constante resistencia los conquistadores, sino que los indios, en sus principios, parecieron amoldarse a sus nuevas condiciones de vida, para lo cual, a mi juicio, influyeron grandemente los siguientes factores: primero, que los conquistadores del Norte, por lo general, fueron hombres de buena calidad, y, en consecuencia, conscientes de que llevaban consigo una misión civilizadora, por lo que desde luego se preocupaban de lograr una organización benéfica para los intereses generales y,

Segundo, que esa misma idea, y también por lo general los hizo apoyar la labor de las misiones que resultaron ser el medio más eficaz para ir manteniendo a los indios en sumisión a la conquista, precisamente porque los indios se daban rápidamente cuenta de la mejoría que en sus condiciones de vida iban obteniendo conforme se amoldaban a las prácticas de los misioneros y a las reglas que establecían los conquistadores.

En efecto, las condiciones de vida de las tribus del Norte antes de la conquista no eran en general nada envidiables, pues se trataba casi siempre de tribus nómadas o seminómadas sujetas por consecuencia a condiciones de vida muy precarias ya que tenían que fiar para su alimentación en la caza, la pesca y la recolección de raíces y hierbas del campo, lo que obligándolos a mudar con frecuencia de lugar impedía que pudieran allegarse las comodidades y elementos de una vida más civilizada. Había lugares de asiento permanente con principios rudimentarios de agricultura, pero éstos también ofrecían inseguridades por la naturaleza del suelo y de las lluvias y, muy

frecuentemente también, por las sangrientas irrupciones de otras tribus que en son de guerra invadían los territorios comarcanos.

Ahora bien, los conquistadores en sus principios no fueron estableciendo trabajos fuertes sobre los indios, pues que primero trataron de que se amoldaran a nuevas condiciones de vida viviendo pacíficamente en poblados y recibiendo de los religiosos enseñanzas para costumbres más sedentarias y que hicieran su vida más ordenada y regular.

Facilitóse esa labor porque en vastas regiones se trató de países mineros que ofrecían aliciente a pobladores españoles para irse estableciendo y al mismo tiempo que lograr beneficios personales ir desarrollando producción que redundara en bien general, ya que a los indios no se exigía un servicio gratuito, sino que se les pagaba salarios por su trabajo.

Esta actitud no creo deba atribuirse tan solamente a virtud de los conquistadores, sino también a la época en que conquistaron, pues el examen atento de la historia nos hace ver que el sistema de encomiendas de que tanto se ha hablado y que, indudablemente, prestóse a abusos de los encomenderos, siendo una de las causas de opresión para los indios, si en un principio fue aceptado por los monarcas españoles como una necesidad que considero justificable, según lo trataré en próxima monografía que sobre la conquista de la Nueva Vizcaya espero publicar, esa institución, o sea, la encomienda, nunca gozó del favor de las autoridades superiores españolas y siempre la hostilizaron hasta conseguir poco a poco su completa extinción, por lo que sí los primeros conquistadores, como Cortés y Nuño de Guzmán no vacilaron en recurrir a este sistema para, a imitación de las Antillas, consolidar sus conquistas, los que entraron a conquistar casi medio siglo después tenían ya otras ideas sobre el particular, y, más de acuerdo con la política general española, procuraban hacer asientos de indios libres a los que consideraban como jornaleros mas no como esclavos, y, por consecuencia, la vida de esos pueblos, en sus principios, empezó a deslizarse en paz y prosperidad suficientes para fortalecer los territorios conquistados con la existencia de algunas villas, haciendas de agricultura y ganadería y reales de minas productores de metales preciosos.

Quedó el problema de indios que aunque sometidos a los conquistadores seguían apartado en montañas y llanuras sin que hubiese alcanzado el tiempo para llevarles el sistema que mantenía en vida pacífica muchos de sus compañeros, y entonces, al correr de los años, la desaparición de algunos de los conquistadores prominentes, verdaderos jefes de aquellos territorios, y el afán de los pobladores de acrecentar los rendimientos de las minas, y también del empeño del gobierno de que se redujesen a poblados los indios que vivían sueltos y esparcidos, dieron lugar a serio descontento y a las grandes sublevaciones que caracterizaron la primera mitad del Siglo XVII, y entonces sí fueron violentos medios de represión, pues que los conquistadores primitivos mostráronse más suaves para reducir a los indios que lo que se mostraron

después los encargados de reprimir las sublevaciones, ya que, si los primeros trataban de ir logrando extensión de territorios organizados, los segundos consideraban que debían aplicar severas sanciones a los que juzgaban como vasallos rebelados.

Otros indios habían quedado más al Norte libres de toda traba o sujeción, y éstos, una vez sometidos de nuevo sus compañeros, comenzaron su campaña de irrupciones que mantuvo en alarma y tensión aquellos territorios hasta mediados del Siglo XIX.

Como vemos, son tres fases distintas: primero la *conquista* que dominó y organizó los territorios; segundo, la sublevación contra lo establecido que llegó a amenazar a veces seriamente la vida de aquella incipiente civilización, y, tercero, las invasiones de los indios bravos que lo mismo combatían al blanco que al mestizo o al indio sometido, lo finalmente fue dando por resultado una unión mayor entre estos últimos que estrechaban sus lazos de sangre, de amistad y de compañerismo, para resistir al enemigo común.

Por esto fue azarosa la vida del Norte de Nueva España, pero por esto también se creó la raza fuerte de que habla Alessio Robles. El indio primitivo en muchas partes se fue asimilando con otras razas y no desapareció por extinción sino por su transformación en lo que son ahora nuestros hombres de campo de aquel rumbo, hombres sobrios, fuertes y valientes, que descienden de muchas generaciones entregadas a las rudas faenas del campo, disfrutando de horizontes amplísimos y avezados a luchar diariamente con la naturaleza; hombres que nunca pudieron entregarse a la molición porque aquellas regiones semi-desiertas y pobres exigían constante esfuerzo para la vida, y valientes, porque siempre aislados en los campos, a distancias muy grandes unos poblados de otros, tenían que desarrollar su decisión y su confianza en sí mismos no sólo para sortear los peligros ordinarios que su género de vida ofrecía, sino también para por la astucia o por la fuerza librarse frecuentemente de las acometidas de aquellas hordas salvajes que del Norte irrumpían haciendo una campaña de terror.

Por todo ello es tan interesante el estudio de la historia del Norte de nuestro país, para observar su transformación desde las entradas de los primeros conquistadores con sus proezas individuales en aquellas regiones despiadadas, y pasando por los establecimientos franciscanos y las misiones de jesuitas que cultivaron la simiente de la civilización, muchas veces con sacrificio de las vidas de quienes a tal labor se dedicaban, mirar después la época de las sublevaciones que tantas vidas y tantos daños costó, para, después de una gran mutilación de territorio que no supimos o no pudimos conservar, llegar a ver aquel gran panorama de comarcas extensas en cultivo y comarcas, muy grandes también, dedicadas a industrias ganaderas, habitadas todas por esa raza fuerte de que hablamos, y que un día, por causas que no es del caso ahora analizar, desplegó su fuerza por el país entero para iniciar un movimiento que agita aún a nuestra patria toda y cuyo juicio debemos reservar a quienes, con la serenidad que sólo se tiene ante el pasado, lean mañana las

páginas del libro en que queden escritas nuestras angustias, nuestros esfuerzos y nuestras luchas de hoy.